

amas y yo.... figúrate si podré amar jamás á otro hombre....

—Nó, nó....

—¡Adiós!

Maximiliano dió un beso en la boca á Carlota y salió de allí con la sonrisa en los labios, murmurando muy bajo, muy bajo:

—¡Crédula!



CAPITULO XXXIV

¡LOCA!

ERA el día 8 de Junio de 1866.

Desde muy temprano se notó en Palacio gran movimiento entre los criados de alta y de baja librea, como siempre que se desarrollaba un suceso extraordinario.

Se encamisaban los coches de camino, se enjaezaban las mulas y los caballos en las caballerizas, se llevaban de uno á otro lado los sacos de provisiones, subían y bajaban las escaleras muchas personas casi atropellándose; se llevaban baules y maletas al carro de los equipajes, los dragones arrastraban sus sables en el patio principal alineándose al lado de sus monturas; algunos personajes de ambos sexos iban de unos á otros departamentos en traje de camino: en suma todo demostraba que iba á salir del alcázar imperial alguna importante caravana.

En efecto, aquel día era el que había designado Carlota para emprender su viaje y todos se alista-

ban: unos para acompañarla por dos ó más leguas y otros para formar parte de su séquito en toda la larga peregrinación. Estos últimos fueron las siguientes: D. Martín del Castillo, Ministro de Negocios Extranjeros; el general Uruga, el primoroso conde del Valle de Oaxaca, el gentil hombre D. Felipe Neri del Barrio, el conde de Alcaraz, y el conde de Bombelles, su médico, su capellán, cuatro damas de honor, tres viejas y una muy joven pero vestida de negro y enteramente cubierta con un espeso velo. Iban además algunas doncellas, que quién sabe si lo serían, y como diez ó doce criados con librea de más inferior categoría.

Se iba á hacer un buen despilfarro con este loco viaje diplomático que no había de dar ningunos resultados; pero así convenía á la dignidad imperial y al antojadizo é imponente carácter de la que llevaba el nombre de Emperatriz. Por ejemplo, Castillo, Uruga y todos los condes no iban más que como personajes decorativos, porque ella sola se había propuesto llevar á cabo sus proyectos en las cortes europeas.

Fuera de las personas de la corte y de otras de la intimidad de la soberana, á nadie se permitió la entrada en Palacio, de modo que cuando se abrieron las puertas ya los coches y escoltas estaban escalonados en el gran patio y salieron á la calle en la misma formación; y como todos los viajeros llevaban el aire taciturno, los pocos curiosos que los veían pasar se preguntaban: ¿Es un entierro? ¿Para dónde irá tanta gente? ¿Por qué no va la música ni hay campanas ni cañonazos? ¿Qué mosca habrá picado á SS. MM. y á los palaciegos?

El cortejo continuó, silencioso, sin que se oyera otra cosa que el rodar de los carruajes y el martilleo de las herraduras de los caballos sobre el empedrado, sin que nadie se asomara, ni volteara la cabeza, ni hablara dos palabras, pareciendo como una huida hecha casi furtivamente en las primeras horas de la mañana. Sólo cuando dejaron atrás la garita y salieron al camino, los de los coches dieron señales de vida y los de la escolta encendieron sus pipas y conversaron.

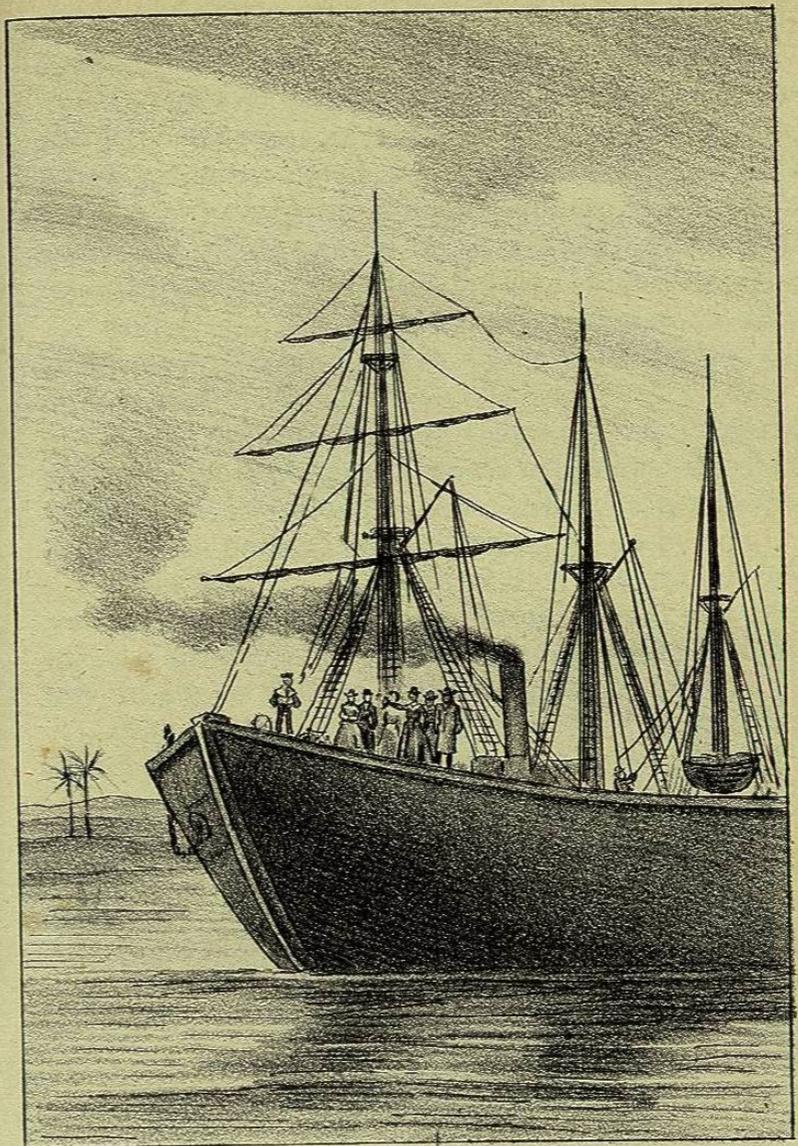
El Emperador y su acompañamiento regresaron por la tarde á la capital, sin que Bazaine y los suyos les hicieran los honores de la recepción como en otras veces. El Mariscal no ignoraba el viaje de la Emperatriz y su objeto: tenía buena policía en Palacio y conocía los menores detalles, pero se hizo el desentendido y sólo se ocupó en escribir cartas á Francia haciendo de lo que pasaba la relación que le pareció conveniente. Bastante frías estaban en esos momentos sus relaciones con la corte de Maximiliano para que demostrara por lo que se hacía otra cosa que la más profunda indiferencia. Ya entonces sólo se cruzaban cartas muy frías y algunas veces eran algo groseras las que dirigía el jefe francés al que se titulaba Soberano de México, versando esas cartas sobre asuntos militares en lo general y diciendo en ellas por su parte cosas distintas de las que hacía y las que meditaba. Por ejemplo, tenía instrucciones de ir reconcentrando poco á poco sus tropas, separándolas de los lugares lejanos, y al Archiduque le aseguraba que iba á emprender una campaña activa y á recuperar las ciudades y los puertos perdidos.

Hemos dicho que de las cuatro damas que acompañaban á la Emperatriz, una era joven é iba cubierta con un velo espeso que no llegó á levantarse mientras en la comitiva iban incorporados Maximiliano y sus gentes: luego que se despidieron se lo levantó y ya pudieron verse sus hermosas facciones y algunos que la conocían murmuraron por lo bajo: ¡Es Aurora, la sobrina del coronel Cisneros!

Ella era en efecto. La princesa Carlota con el consentimiento de la joven, para evitarle las celadas que pudieran ponerle, la había depositado antes en la casa de una de sus amigas de confianza y en seguida le había propuesto llevarla á Europa, en lo que también consintió, la joven, dejando escritas algunas cartas para su familia, para sus primas, para el periodista Pérez y para su amante Ernesto. Después sabremos quizás lo que decía esta última carta.

Entre tanto para no truncar nuestra relación y á reserva de retroceder para que no nos queden sin referencia algunos sucesos de importancia, seguiremos con la taciturna comitiva de la Archiduquesa que llegó á Veracruz el 13 por la tarde embarcándose inmediatamente. Le esperaba ya el vapor *Emperatriz Eugenia* y en él entró con toda su gente.

En el tránsito hubo su animación, dirigida por las autoridades imperialistas, y Carlota procuró siempre disimular las mil contrariedades que la afectaban; pero por más que hubiera músicas, banquetes y discursos, una nube de tristeza se cernía sobre las cabezas de los viajeros, que de más á más llegaron á la embarcación en día 13, circunstancia que califica-



A las cinco y media levó áncoras el vapor y la soberana permaneció sobre cubierta.

ron de mal agüero los marinos y las gentes supersticiosas.

A las cinco y media de la tarde levó anclas el vapor y la Soberana permaneció sobre cubierta hasta que se perdieron de vista las costas mexicanas. Los que la vieron entrar á la ancha cámara del capitán que le fué cedida para el viaje, notaron que llevaba los ojos llorosos y que había lanzado hondos suspiros.

—Amiga mía, dijo á Aurora que casualmente estaba de servicio y esperándola de pie en la cámara, ¿no estás triste?

—Mucho, señora. Aunque vengo por mi voluntad y aunque me creo muy honrada con viajar en compañía de V. M., siempre causa profunda pena separarse de las personas que se aman, sin despedida.

—¡Pobrecita de mi Aurora! Bien hubiera querido yo separarte de tu hogar en circunstancias más propicias y proporcionarte un viaje de recreo; pero no todo lo que se quiere se puede.

—Comprendo la situación, señora, y tengo suficiente fuerza de voluntad para resignarme.

—Quizás luego que nos pasen á ambas estas primeras impresiones, lograremos ponernos alegres.

—Así lo deseo, señora, y lo que siento es no ser muy espiritual, para procurarlo desde ahora.

—Sería inútil. Ni tú ni yo podemos tener el ánimo tranquilo. Tú debes venirte acordando constantemente de tu prometido de quien no hemos logrado adquirir noticias ciertas, de tu familia, de tus amigos. Yo . . . ¡tengo tantas cosas en qué pensar!

—Señora . . .

—Sí, muchas, muchas. Sentémonos.